

LA TRISTEZA ANDALUZA: DEL MODERNISMO A LA VANGUARDIA

FRANCISCO JAVIER DíEZ DE REVENGA
Universidad de Murcia

Miguel Ángel García, profesor de la Universidad de Granada, ha escrito un libro del máximo interés, titulado *Melancolía vertebrada. La tristeza andaluza del Modernismo a la Vanguardia*.¹ La intención de la obra no ha sido otra que recuperar y analizar una serie de imágenes literarias de Andalucía desde el Modernismo a la Vanguardia, aunque su propósito se ve superado porque se introduce en espacios de la historia literaria anteriores y también posteriores, estableciendo no un diagnóstico aislado sino fundamentado en el desarrollo de esa imagen a través de un fragmento temporal mucho más amplio, desde los viajeros románticos y posrománticos extranjeros a las recientes y muy significativas visiones de Andalucía desde los años treinta, con García Lorca al frente, hasta la posguerra incluso.

Tras esta etapa histórica tan fructífera como influyente, expresión del liberalismo ideológico, todo se vendría abajo con la retrógrada representación de Andalucía en los años del franquismo, que consagró o estableció como definitiva una sesgada visión de lo andaluz eminentemente folklórica, como esencia de lo español, de carácter alegre y festivo, de charanga y pandereta, que se contraponen al concepto mucho más riguroso de la tristeza andaluza, consolidado en el fin de siglo y en los años siguientes hasta la Guerra de España.

La aparición, en el significativo año de 1898, en Granada precisamente del libro, hoy tan olvidado, de Nicolás María López, titulado *Tristeza andaluza*, es muy iluminadora sobre el sentido de esa melancolía vertebrada que analiza Miguel Ángel García en su libro. Nicolás María López era amigo de Ángel Ganivet, el autor de otro libro no menos representativo de una ideología y un pensamiento singular, *Granada la Bella*, y pertenecía a la célebre Cofradía del Avellano. La repercusión del libro en los intelectuales modernistas andaluces fue inmediata especialmente en Francisco

¹ Miguel Ángel García, *Melancolía vertebrada. La tristeza andaluza del Modernismo a la Vanguardia*, Barcelona, Anthropos, 2012, 350 págs.

Villaespesa, que estaba convencido de que la Andalucía más auténtica y profunda no era la del jolgorio y la taberna sino la más reconcentrada y triste.

Por eso, el autor dedica un espacio de su libro al paradójico sentimiento de Villaespesa que trató de la tristeza de la alegría andaluza. Y lo mismo que Villaespesa, el joven Juan Ramón Jiménez considera la importancia de esta tristeza de Andalucía, que se evidencia en otro poeta andaluz de la época, el malagueño José Sánchez Rodríguez. Su libro *Alma andaluza*, aparecido en 1900, releja una Andalucía que se contrapone a la Andalucía festiva y polícroma que habían difundido en sus poesías autores como Salvador Rueda o Manuel Reina.

Sitúa Miguel Ángel García, al frente de su libro, dos citas pertenecientes a dos poetas andaluces imprescindibles, que conducen al lector a la comprensión del ensayo. La primera es del «Himno a la tristeza», del libro *Invocaciones* de Luis Cernuda: «Fortalecido estoy contra tu pecho / de augusta piedra fría, / bajo tus ojos crepusculares, / oh madre inmortal.» La segunda es nada menos que de la «Balada triste» de Federico García Lorca, de su *Libro de poemas*: «¡Qué tristeza más seria me da sombra!». Nicolás María López, en su *Tristeza andaluza*, en realidad estaba tratando más bien de la tristeza granadina, ese carácter sombrío y recogido, perezoso, heredado posiblemente de los musulmanes que imprimieron carácter a esta zona de Andalucía.

La tristeza granadina es la misma que capta tan certeramente Federico García Lorca en la «Baladilla de los tres ríos» al frente de su *Poema del cante jondo*, como un auténtico signo del carácter de la Andalucía oriental frente a la occidental, la evocación contrastada de Sevilla y Granada como símbolos de las dos Andalucías, cada una con su idiosincrasia, la Andalucía occidental o baja (Sevilla) y la Andalucía oriental o alta (Granada). La primera se caracterizaría por su espíritu alegre, abierto, luminoso, cálido, mientras que la segunda estaría configurada por un mayor intimismo, una mayor profundidad e incluso tristeza y sentimentalismo recogido. Señala Miguel Ángel García, en relación con la imagen de la tristeza que propiciaron las nuevas generaciones sobre Andalucía, que «tanto Sevilla como Granada ayudan a forjar esta imagen literaria de la Andalucía triste, negadora de la otra imagen de la Andalucía alegre, considerada a partir de cierto momento más superficial y falsa, aunque paradójicamente fuese alentada y construida con antelación por estas dos ciudades al convertirse en espectadoras de sí mismas.»

En una conferencia que García Lorca leyó en Granada el 19 de febrero de 1922, en la época en que escribió la baladilla, se ocupó el poeta de la «Importancia histórica y artística del primitivo cante andaluz llamado “cante jondo”», y allí hizo referencia el poeta a una serie de rasgos de este «cante» que definen muy bien, precisamente, el sentido, la temática y las cualidades estilísticas de la baladilla, como integrado en un mundo que Lorca, a través de su *Poema del cante jondo*, quiere exaltar y definir.

Destacaba Lorca en su conferencia que, aparte de lo musical, lo que interesan son los poemas y sus contenidos, la representación del Dolor y de la Pena, la «estilización», el «ambiente» y la «justeza emocional», las metáforas y, sobre todo, la capacidad de síntesis: «Causa extrañeza y maravilla —escribía Federico García Lorca— cómo el anónimo poeta del pueblo extracta en tres o cuatro versos toda la rara complejidad de los más altos momentos sentimentales de la vida del hombre». Y finalmente, haciendo referencia a las diferentes Andalucías, concluye: «Ya vengan del corazón de la sierra, ya vengan del naranjal sevillano o de las armoniosas costas mediterráneas, las coplas tienen un fondo común: el Amor y la Muerte...»

Con el cante jondo y con la copla andaluza, e incluso con toda la cultura popular de la región, Sánchez Rodríguez relaciona justamente la tristeza del alma andaluza con el cante jondo y la cultura popular andaluza, como antes habían hecho Gustavo Adolfo Bécquer, Manuel Machado y llega a García Lorca.

Es interesante la presencia en este ensayo del gran Rubén Darío, que en muchos de sus escritos de los primeros años del siglo se refirió a la tristeza andaluza, que llegó a representar precisamente en el Juan Ramón Jiménez de *Arias tristes* en una reseña publicada a raíz de la aparición del libro, en 1904. Y quizá uno de los aspectos más iluminadores de todo el ensayo es el rastreo que lleva a cabo su autor del concepto de la tristeza andaluza por parte de escritores eximios no andaluces.

El libro contiene, en efecto, referencias del máximo interés de Leopoldo Alas Clarín y de José Martínez Ruiz Azorín, en su representación de la Andalucía trágica, que estableció el regeneracionismo. Ortega y Gasset con su *Teoría de Andalucía*, de 1927, contribuye a la constitución metafórica de esta tierra como paraíso que dejará huella en el Luis Cernuda de la «Divagación sobre la Andalucía romántica», en la que refleja una Andalucía vegetativa, contemplativa, indolente, sensual, como la que había establecido el propio Ortega. Y reflejos orteguianos recogidos por el autor del ensayo son José María Pemán, Julián Marías o Juan Gil-Albert.

Desde luego, el ensayo establece con claridad las relaciones de la tristeza y de la melancolía andaluzas con la poesía de raíz más popular, un espíritu de unión que nace ya con Gustavo Adolfo Bécquer, poeta nada andalucista, pero que enraíza la tristeza de la copla con sus propias rimas y con su espíritu. Y la cadena que se inicia con Bécquer deparará personalidades fundamentales en el mundo de sentimiento andaluz de la tristeza y de la pena, desde Antonio Machado y Álvarez, el Demófilo que recogió las coplas de Andalucía, a sus dos hijos, no solo Manuel, fundamental en la concepción del cante andaluz, sino también Antonio. Eran herederos todos del pensamiento del catedrático de Historia Natural de la Universidad de Sevilla, el abuelo de los Machado, Antonio Machado Núñez, científico positivista, que habló de la «común etnicidad». Y luego Juan Ramón Jiménez hasta llegar a Cansinos Asséns

y terminar en Federico García Lorca... Como bien señala Miguel Ángel García, «del modernismo a la vanguardia se extiende el tópico de la tristeza andaluza, surgido de la inversión del tópico anterior, y más arraigado, de la Andalucía alegre, folklórica y colorista, cuyas líneas maestras se remontan a la literatura costumbrista y los románticos».

Aborda por tanto este interesante ensayo el análisis crítico y pormenorizado del tópico finisecular de la tristeza andaluza contrapuesto al no menos tópico de la alegría andaluza, procedente del concepto de Andalucía establecido por los costumbristas decimonónicos y los viajeros románticos extranjeros.

Examina el libro las consecuencias contemporáneas de esta contraposición histórica y la solución que dan a tal enfrentamiento los intelectuales surgidos tras la crisis del Desastre del 98 con resultados multidireccionales y diversos: rechazo de la Andalucía colorista y festiva de la charanga y la pandereta, indagación del alma andaluza entrevista desde lo más profundo del espíritu, mitificación oriental, morisca o arabesca de raíz simbolista o parnasiana y alumbramiento de la Andalucía trágica vinculada al pensamiento regeneracionista.

La Vanguardia, a continuación, resolverá la imagen de Andalucía con no menos variedades intelectuales o ideológicas: modernización desde el pensamiento liberal del concepto de Andalucía en el contexto de la ansiada europeización, estilización del andalucismo surgida del afán de depuración de la poesía del momento, esencialidad juanramoniana que siguieron los andaluces Aleixandre (con su versión del paraíso), Alberti, Cernuda o Altolaguirre, y vinculación definitiva de las raíces más populares de la creación poética y literaria trasladando lo popular andaluz al terreno de lo social.

El tópico de la Andalucía triste en definitiva es el producto multiforme y variado que se desprende de la sucesión diacrónica de las visiones que forjaron en su obra un considerable número de intelectuales andaluces y no andaluces, cuyas aportaciones Miguel Ángel García analiza y sistematiza en este ensayo tan valioso como singular.